

La educación en la familia.

Para que la familia consiga el objetivo de formar a los hijos como personas libres y responsables, su educación ha de tener los siguientes ingredientes:

- **Respeto y comprensión:** a pesar de sus modales, a veces, desafiantes e irrespetuosos, los hijos necesitan ver a los padres como personas serenas. Es necesario que se den cuenta que ser adulto no significa tener mal genio o imponer los propios criterios sin tener en cuenta a los demás, sino que significa mantener una actitud dialogante y reflexiva ante los problemas. Por otra parte, desde la más tierna edad hay que permitir y fomentar que los hijos expresen sus ideas y sentimientos y los padres deben desarrollar la comprensión empática, es decir, tratar de comprender cómo se sienten los hijos ante las diversas situaciones que nos cuentan. Esto no significa que estemos de acuerdo con ellos sino que simplemente somos capaces de ponernos en su lugar.
- **La disciplina ha de estar basada en el diálogo y en la coherencia:** las normas han de ser pocas, las imprescindibles, pero razonadas con los hijos para que comprendan las razones por las que deben cumplirlas y que no son un capricho de los padres o una estrategia para tenerlos dominados y controlados. En la adolescencia es conveniente que sean consensuadas porque de este modo los hijos se sienten más identificados con ellas y asumen mejor su responsabilidad. Se han de establecer en tono positivo buscando la motivación interna y la colaboración de los hijos, nunca establecidas en momentos de enfado y como castigo. Ahora bien, una vez establecidas, hay que exigir su cumplimiento con constancia y saber que obligan a todos. En todo caso, los padres son los que tienen la última palabra porque a ellos les corresponde poner los límites. Por otra parte, los hijos necesitan que sus padres se comporten siempre de la misma manera, en base a unos principios y valores y no de forma variable y caprichosa. El establecimiento de unas normas y límites claros y la coherencia en la forma de educar de los padres, dan seguridad a los hijos y constituyen un marco de confianza básica, ambos aspectos fundamentales para el desarrollo de una adecuada autoestima.
- **Aplicación de consecuencias lógicas y fomento del crecimiento personal de los hijos:** hay que hacer una distribución adecuada de las tareas del hogar, de los recados, del estudio y fomentar el cumplimiento de las mismas por todos los miembros de la familia. Se aprende a ser responsable asumiendo las responsabilidades concretas que corresponden a cada tramo de edad y cumpliendo con las normas básicas.

Todo comportamiento tiene unas consecuencias positivas o negativas. Cuando un hijo ha hecho algo mal, si el error es pequeño no hay que darle importancia porque no existen los hijos perfectos como tampoco existen los padres perfectos, simplemente se hablará con él para que haya mejora la próxima vez. Si la conducta inadecuada es importante se debe criticar el acto en sí y nunca a la persona. Se debe decir, por ejemplo: "No está bien que hayas cogido dinero del bolso sin mi permiso, sabes que no me gusta. Si se vuelve a repetir, te dejaré sin propina el fin de semana que viene". Nunca se debe decir algo similar a esto: "Tú, ¿eres tonto o idiota?. ¡Cómo vuelvas a coger lo que no es tuyo, te vas a enterar!" Este tipo de comentarios no aportan nada al hijo sobre su conducta, le ofrecen un modelo agresivo y además dañan su autoestima. El elogio y el reconocimiento por parte de los padres del cumplimiento de sus obligaciones son dos buenos estimulantes para los hijos. Pero además, el niño necesita saber, con antelación, qué ocurrirá si transgrede las normas. Las consecuencias negativas o castigos

han de ser proporcionados a la falta, nunca excesivos y siempre relacionados con la conducta inadecuada. Por ejemplo, si el hijo no ha ordenado su cuarto durante dos días y está era una de sus responsabilidades, se le dirá que puesto que no ha ordenado su cuarto en dos días, los próximos dos días ordenará el cuarto y además ordenará el comedor.

En todas las edades, hay que fomentar que los hijos afronten algunos de los problemas con lo que se encuentran y los intenten solucionar. No hay que esperar a la adolescencia para desarrollar esta actitud. Lógicamente a medida que la edad aumenta los problemas cambian, pero éstos siempre son importantes para nuestros hijos. No hay que minimizarlos, sino darles la importancia que merecen. El proceso es sencillo: tener conciencia clara del problema (discuto mucho con mis compañeros de clase), plantearse un objetivo claro con respecto al problema (tengo que discutir menos y aceptar más lo que dicen mis compañeros), buscar varias soluciones posibles, ver las ventajas y los inconvenientes de cada solución (en estos dos últimos pasos los padres pueden colaborar y ayudar al hijo), elegir la mejor solución y ponerla en práctica. Se reforzarán las elecciones acertadas y se pasarán por alto los pequeños errores; cuando la solución elegida, pasado un tiempo, no funcione le pediremos de forma natural y no autoritaria una nueva elección que pueda ser más adecuada. De esta forma estaremos facilitando que nuestros hijos aprendan a tomar decisiones por sí mismos y ejerzan su responsabilidad personal.

- Los padres han de actuar como modelos: no ha de haber contradicción entre los hechos y las palabras. Hay que tener en cuenta que todas las personas realizamos parte de nuestro aprendizaje a través de la observación de otras personas, sobre todo de personas importantes para nosotros, y los padres lo son para los hijos. También es cierto que no todo lo que observe en los padres lo va a interiorizar y a imitar, sin embargo, un comportamiento caracterizado por el interés por el trabajo y la cultura, el sentido de la responsabilidad, la actitud dialogante, el respeto por los demás, la solidaridad hacia los más necesitados, etc., educa si se presenta por un modelo que lo practica habitualmente y no si son sólo consejos grandilocuentes que se lanzan a los hijos y que se quedan en eso, en palabras.
- En las familias de clase media en los últimos años se está incrementando el riesgo de que los adolescentes presenten conductas socialmente desviadas: delincuencia, actitudes agresivas, intolerancia, absentismo escolar, consumo de drogas, etc. Los adolescentes que tienen más riesgo son los hijos de padres que se muestran como defensores de determinados valores como: la individualidad a ultranza, la disposición a aceptar cualquier novedad, el falso igualitarismo en la familia. Realmente lo que está sucediendo es que utilizan dichos valores para eludir la responsabilidad educativa que les corresponde. Estos padres suelen manifestar que sólo tienen tiempo para trabajar y no se dan cuenta que de forma progresiva se van convirtiendo en unos extraños para sus hijos. Para paliar esta falta de dedicación y de afecto hacia sus hijos, les dan a los hijos todo tipo de bienes materiales, el resultado es que los hijos no valoran lo que tienen, caen un consumismo exagerado, no aceptan ninguna frustración porque están acostumbrados a tener todo lo que quieren, son incapaces de hacer nada por sí mismos porque todo lo han conseguido de forma fácil y sin esfuerzo y, lo que es más grave, no tienen armas para afrontar de forma serena y reflexiva los problemas con lo que se encuentran.